

## En voz baja

CELESTE LUCCA

—Se cagó —dice mi hermana mientras mira a su beba con la nariz fruncida y ese único gesto de asco contradice todo lo que hizo hasta ahora.

Estamos paradas en la esquina del Colegio Nacional. A sus pies, mi hermana tiene una caja con las empanadas calientes. Un grupo de jóvenes cargados con mochilas y maquetas se acerca a comprar.

Mi hermana duda un segundo antes de poner a la bebé en mis brazos, pero finalmente lo hace. No puede entregar las empanadas y cobrar sosteniendo a su hija.

Mientras con su mejor sonrisa le dice a los chicos “caprese, carne picante, jamón y queso y humita”, la veo mirarme de reojo. Como está ocupada, no puedo decirle que sería mejor que deje a la bebé en una manta en el piso, que no quiero sostenerla.

Siento algo húmedo que se escurre a través del pañal y resbala sobre mis brazos. Recién entonces percibo un olor que,

junto con la sensación pegajosa en mi brazo, me revuelve el estómago.

Cierro los ojos y me concentro. Tengo que individualizar a una persona real. Después tengo que inspirar y exhalar. Relajarme.

Abro los ojos y veo a mi hermana que entrega una bolsa y cobra. Después mete la mano en la mochila, saca unas llaves.

—Tomá —me dice y me entrega las llaves— cambiala en el auto. En el bolso amarillo está todo.

Veó el auto de mi hermana estacionado a media cuadra, al rayo del sol. Solo tengo que ir hasta ahí y cambiar a la bebé. Qué tan difícil puede ser.

El corazón se me acelera mientras cruzo la calle. La bebé me mira seria. Cuando me agacho para abrir la puerta, ella hace un movimiento repentino y apenas logro evitar que se golpee contra el techo del auto. Le sostengo la cabeza y giro para mirar a mi hermana. Sigue parada en la esquina. Si me viera se arrepentiría de haberme pedido que la cambie. Su confianza parece una señal de que todo empieza a ser normal otra vez. No quiero arruinarlo.

Entro al auto y tengo la sensación de que está en llamas. No se me ocurre dejar las puertas y ventanas abiertas y esperar hasta que baje la temperatura. Lo único en lo que puedo pensar es en terminar rápido de cambiar a la bebé y devolverla a los brazos de su madre.

Me meto como puedo en el auto, manteniendo a la bebé delante de mí, y la acuesto en el asiento del acompañante. Agarro el bolso y ella empieza a jugar con un sonajero en forma de ciempiés.

Nunca cambié a un bebé, no tengo idea de cómo se hace. Adentro del bolso descubro un montón de cosas. Respiro pro-

fundo para calmarme y me limpio la transpiración con una mano. Desabrocho los botones inferiores del enterito de la bebé y abro el pañal. La caca es un líquido verde y semiespeso. Se mancha las piernas cuando las junta y las mueve en el aire. Ella parece divertirse.

Busco algo para limpiarla. Hago el primer intento con un algodón seco, pero lo único que logro es ensuciarla más. ¿Será normal que tenga la piel tan caliente? Sacudo la cabeza y revuelvo el bolso de nuevo. Encuentro una botella que dice óleo calcáreo y me imagino un talco de piedra pómez. Solo cuando veo que es líquido reparo en la palabra “óleo”. Leo la etiqueta y veo que es lo que necesito.

Pongo un poco del líquido en el algodón y empiezo a limpiar las piernas de la bebé. La caca es más difícil de sacar de lo que había creído. La aprieto cada vez más fuerte y la piel se le irrita. Ella no deja de moverse, pero me mira divertida. Es mejor que siga así.

De pronto me doy cuenta de que estoy recitando cada una de las cosas que hago: “ahora pongo un poco de esto en el algodón”, “ahora limpio”, “no sale, probá con un poco más”. Eso hace que me sienta más segura, como si supiera lo que estoy haciendo.

Al fin logro terminar de limpiarla y ponerle un pañal nuevo. Gotas de sudor resbalan por mi frente y me nublan los ojos. La bebé se impacienta y me apuro. Ya casi termino. Cuando trato de sacarle la ropa para ponerle algo más fresco y limpio, noto que el enterito tiene un cuello redondo sin botones.

Permanezco unos segundos quieta sin poder creer lo que veo. Es imposible que una cabeza del tamaño de un melón pase por un agujero pequeño como una naranja.

El problema principal son los aros: dos perlitas de oro. Cuando hago el primer intento, la tela se engancha en uno de ellos y casi le arranco una oreja a la bebé.

Al segundo intento, la bebé empieza a llorar. Estoy concentrada en su nuca cuando me doy cuenta de que el cuello del enterito le está apretando la nariz y no la deja respirar. El sudor me moja la remera. Estoy por rendirme y llamar a mi hermana. Los gritos de la bebé son muy agudos. La veo mirarme y sé que me odia, pero la única forma de demostrarle a mi hermana que ya estoy bien es triunfar en esto. Me parece absurdo no poder sacarle la ropa a un bebé.

Inspiro profundo. Tengo que calmarme. Levanto a la bebé para estudiar la situación. A sus gritos se suman patadas y con sus manos me pega, intentando que la suelte. Voy a desvestirla de una forma u otra.

Pienso que ya está gritando, o sea que no arriesgo nada con sacárselo de golpe. Con el pulso lo más firme que puedo, le doy un tirón al enterito. Hago fuerza con mi mano hacia arriba porque la tela se resiste y la bebé se da un golpe brusco en la cabeza con la palanca del freno de mano. Los gritos se detienen y al fin se queda quieta.

La sacudo para obligarla a mirarme. La bebé abre los ojos, agarra mis manos con las suyas y, en voz baja, me habla. Me explica qué estoy haciendo mal, y con sus pequeñas manos me muestra cómo debo hacerlo. Suspiro y la beso en la frente. Ahora conozco el gran secreto de mi hermana.

Sigo las instrucciones de la bebé. Ella está quieta y me mira con aprobación mientras la visto. Elijo un vestido rosa que parece muy fresco, aunque ya no tiene la piel tan caliente.

—Me alegra saber que mi hermana tiene ayuda —le digo.

La bebé bosteza mientras asiente y, con su voz grave y len-

ta, me dice que tiene sueño. Se acurruca con la cabeza apoyada en mi hombro y se duerme. Salgo del auto con cuidado y camino hasta dónde está mi hermana, que me mira extrañada.

—Estaba muy cansada —le digo mientras se la entrego—, fijate si le puse bien el pañal.

Cuando mi hermana la agarra, la cabeza de la bebé cuelga hacia atrás balanceándose. Me parece raro que justo ella no sepa cómo sostenerla.

Mi hermana hace una mueca extraña, con los ojos cerrados y la boca muy abierta, como si estuviera gritando. Yo por fin puedo relajarme. Siempre creí que ser madre era imposible, pero ahora sé que cualquiera puede hacerlo si tiene algo de ayuda.